Cuentos de Nuevo Canaán

Martín Corbo

Capítulo 1

CUENTOS DE NUEVO CANAÁN

Índice

SECRETO DE CONFESIÓN..... Pág. 5

LA QUIMERA ..... Pág. 13

TODO POR FRANCISCA ..... Pág. 21

BOLETO DE IDA ..... Pág. 37

SECRETO DE CONFESIÓN

- *Un crucifijo, una biblia de bolsillo, un rosario y dos papeles billete*, repasó el cabo mientras inspeccionaba la bandeja del Padre. - *¿Trae algo más con usted?,* agregó con tono desafiante.

El Padre se sonrió levemente, sin levantar la vista. No era la primera vez que el cabo de turno le aplicaba el protocolo de ingreso al área de celdas.

- *Termina de una buena vez y llévalo a la celda, ¿¡¡quién te piensas que eres!!?*, espetó sin desviar la vista el comisario desde el fondo del salón, reclinado en su silla y con los pies sobre el escritorio, mientras repasaba una revista non sancta.

La sangre invadió rápidamente el rostro del cabo, mientras apretaba con energía sus puños. El padre recogió sus pertenencias del recipiente plástico y los colocó en sus bolsillos, menos la biblia, la cual aprisionó contra su pecho. Aguardó a que el cabo abriera la reja, y se adentró por el estrecho pasillo.

Mientras avanzaba delante del cabo, sus ojos buscaban inevitablemente los de los presidiarios allí confinados. La mayoría rehuía al contacto, recostados en sus literas mientras fijaban la mirada en el techo. Algunos menos, se acercaban a la reja de sus celdas y sacaban las manos por fuera, implorando su bendición. El manifiesto descontento del cabo no le impidió al Padre tomarse su tiempo, y santificar a cada uno de los peticionarios.

El pasillo llegó a su fin, y se enfrentó a la puerta de hierro. Con torpeza, el cabo lo adelantó, apenas empujándolo, y se dispuso a abrir la infinidad de cerraduras.

* * *

El haz de luz le atinó directamente en el rostro, mientras el pesado portón avanzaba con lentitud contra la pared de la celda. Levantó su mano y la colocó a modo de visera por encima de los ojos. Cuando el resplandor finalmente lo abandonó, vio la figura del recluso, de espaldas a la puerta, quien escribía sobre una pequeña mesa.

- *Es tu última oportunidad de elegir la cena que se te servirá hoy, o tendrás que conformarte con el menú del día*, afirmó el cabo con una combinación de arrogancia e ironía. Avanzó ferozmente hacia el preso, y le arrancó el pedazo de papel de entre las manos. Recorrió la hoja con la vista, y la mofa no demoró en aparecer. *–Si por mí fuera, el ingrediente principal de este platillo sería veneno para ratas.* El recluso no se volvió, permaneciendo inmóvil.

El cabo comenzó a retirarse, no sin antes advertir al Padre. – *El comisario dará las órdenes en la oficina, pero el pasillo es mi territorio. Treinta minutos, es todo lo que tiene para malgastar con este malnacido.* Simuló no escuchar, manteniendo la mirada en el cráneo rasurado del preso. El cabo resopló, cruzó el umbral y procedió a trancar nuevamente las cerraduras. El padre dijo una breve oración en el nombre del cabo, y se acercó hacia el recluso.

- *Pierde su tiempo Padre, ¿sabe?,* dijo el presidiario aún de espaldas. El padre detuvo la marcha. – *Lo hecho, hecho está. No hay salvación para mí, no hay reino de los cielos, no hay ingreso por la puerta de San Pedro, no hay nada.*

***

La curiosidad del Padre pudo más que la tentación inicial de negarse al pedido del comisario, quien lo había contactado sorpresivamente por teléfono días atrás. Casi no reconoció su voz. Había abandonado el pueblo hacía décadas, y no recordaba haber regresado. El viaje sería prolongado y tedioso, pero finalmente juntó coraje, decidió confiar al sacristán la capilla durante unos días y emprendió el periplo.

- *He venido desde muy lejos porque así se lo solicitaste al comisario. Él me aseguró que tu deseo era testificarte conmigo únicamente. Pero, debo decir que, honestamente, no te recuerdo.* Permaneció observando al recluso durante unos minutos, quien seguía sin emitir palabra alguna. Se quitó el sombrero, lo apoyó sobre la litera y abrió la biblia. Buscó el texto

que había seleccionado con marcador y se dispuso a recitarlo.

- *Hace tiempo que abandoné a Dios, Padre. Dudo que haya algo en su palabra que logre reconfortarme, ¿sabe?* Éste lo contempló, cada vez más extrañado sobre el motivo de su travesía hasta allí. Cerró el texto, y lo guardó en uno de los bolsillos internos de su sacón.

- *¿Tienes algún familiar que desees esté presente mañana?* Le preguntó al preso sin vacilar.

- *Mi única familia era mi madre,* se limitó a contestar con voz temblorosa el presidiario.

- *¿Te arrepientes de lo que has hecho?,* consultó luego el Padre. Aguardó con paciencia una respuesta, la que nunca llegó.

- *Cuéntame tus pecados, hijo. Nunca es tarde para recibir la misericordia del Señor.* La incomodidad del Padre se hizo notoria, pero estaba dispuesto a darle una última oportunidad.

El recluso se volvió despaciosamente hacia el Padre, girando la silla y sin levantarse. - *Mi única familia era mi madre, ¿sabe Padre?* Éste lo observó admirado. Algo en sus rasgos se le hacía familiar, ¿pero qué?

- Todavía lo recuerdo como si fuera hoy, Padre. Ese día, regresaba como cada mediodía del colegio a la casona, donde ella trabajaba como criada. Vivíamos en una pequeña habitación en el altillo; no era mucho, pero éramos felices, ¿sabe? Corrí por las escaleras hasta la recámara, donde ella siempre me esperaba con el almuerzo, para fundirnos en un abrazo. Pero no la encontré allí. Nunca más la volví a ver, ¿sabe?, prosiguió el recluso, sin mover siquiera un músculo.

El Padre jamás logró desviar la mirada durante el relato. Su corazón se había acelerado al os límites del propio infarto. Se giró deprisa y, sin recoger sus pertenencias, se dirigió hacia la puerta y comenzó a golpearla. – *Cabo, abra la puerta. Mi trabajo aquí está cumplido.*

El alarmante silencio invadió sus oídos. El sudor se apoderó completamente de su cuerpo. – *Cabo, ¡cabo! ¡CABO!* Sintió como la lapicera se le clavaba suavemente en el cuello, en el instante que comenzaba a volverse hacia el recluso.

- Sssshhh, Padre. Sssshhhh.

La desesperación invadió repentinamente al Padre. – *¡No cometas una tontería!*

El presidiario presionó la lapicera contra la piel, y acercó su rostro al oído del Padre. El fétido aliento le penetraba todos los sentidos. –*Nunca pude olvidar su rostro Padre, ¿sabe? Lo recuerdo cada noche, mientras intento conciliar el sueño.*

Las lágrimas comenzaron a brotar de los ojos del Padre. – *¡Hijo, ten piedad!,* suplicó. - *¡Pecar no solucionará nada!*

El recluso cerró los ojos y frotó su barba en la mejilla del padre. – *Intenté dar con usted durante años, ¿sabe? Quería enfrentarlo, entender porque lo había hecho. Ella dio todo por usted, ¿sabe? ¡NO HIZO OTRA COSA QUE DESVIVIRSE POR SU IGLESIA!* El Padre sintió desmayarse. Las heces comenzaron a manchar su ropa interior. - *¡Cómo pudo encubrirlo! ¡ÉL SE CONFESÓ CON USTED! ¡UN PECADO CAPITAL! ¿¡¡CUÁNTO DINERO PUDO COMPRAR SU SILENCIO, PADRE!!? ¡DÍGAME, ¿CUÁNTO?!*

– ¡Lo amparaba el Secreto de Confesión, tienes que entenderlo! ¡La policía nunca pudo probar nada!

– ¡ERA MI MADRE, CARAJO! ¡ESE HIJO DE PERRA SE APROVECHÓ DE ELLA!

– ¡Hijo, juro que puedo explicarte!, imploró entre lágrimas el Padre, en un tono casi imperceptible, mientras la lapicera perforaba su cuello.

***

El cabo abrió con tranquilidad las cinco cerraduras. Cuando ingresó a la celda, el recluso ya se había aprontado.

– ¿Cómo lograste que no se manchara todo de sangre? Este vejestorio estaba tan rechoncho que parecía una morcilla, preguntó incrédulo el cabo.

– ¿Te encargaste ya del comisario?, dijo el recluso mientras se abrochaba el sacón.

– ¿Me tomas por imbécil? Ese inservible jamás despegó la vista de su catálogo de tetas. Lo observó con desconfianza, y lo enfrentó. – *No se te ocurra traicionarme; quiero mi dinero apenas salgamos del pueblo. Una vez que crucemos la frontera, cada uno sigue su camino, ¿está claro?*

– Tranquilo, te preciso para salir de aquí tanto como tú me precisas a mí ahora. Esa vieja putañera tenía tanto dinero, que con tu parte puedes llegar al otro lado del mundo si lo deseas. Fue una lástima que tuviera que degollarla, follaba bastante bien. Era muy calentona para su edad; encamarse todo el día era lo único que quería. Hasta lo hicimos en el altillo un par de veces. Terminó de abrocharse el sacón, y se colocó el

sombrero. - *Espero que se reencuentre con el hijo de puta de su marido en el mismísimo infierno.*

***

Recorrieron con serenidad el pasillo de regreso a la oficina. La mirada estupefacta de los presidiarios creyentes contrastaba con la mirada interesada del resto.

El falso Padre observó al comisario, atado a la silla y amordazado. La angustia en su rostro era inconfundible. Se le arrimó, y susurró en su oído. – *Toda la vida fuiste un vago de mierda, ¿lo sabes? Siempre impune con tus revistas sobre el escritorio, alojando uno atrás del otro cada bizcocho entre tus "michelines". Tan vago, que ni siquiera recuerdas haberme ingresado tú mismo en el orfanato del pueblo*.

El cabo se le acercó –ya con más temor que respeto- y le sugirió. – *Vamos ya a por el dinero. ¿Seguro que sigue donde lo dejaste?*

– *Tú tranquilo; ¿por qué éste sigue con vida?,* le recriminó.

– *Tengo una idea mejor.* Regresó hacia el área de celdas, y observó al resto de los presos detenidamente. Identificó su objetivo y se acercó hasta la reja de la celda. – *Que te diviertas*, dijo mientras arrojaba el manojo de llaves al medio de las cuatro paredes. El recluso que se encontraba dentro se sonrió, y lentamente lo recogió del suelo.

LA QUIMERA

Aquella cálida mañana de viernes de primavera, Atlántida despertaba como cada día con las rutinas de sus pobladores. Natalio amaneció en su nueva casa de fin de semana, aprovechando que una reunión de trabajo se había suspendido el día anterior (y a tiempo para tomar el ferrocarril). Pocas veces en estos primeros meses de estreno había podido disfrutar de las deslumbrantes alboradas que desde allí se apreciaban.

Fabricio, su fiel colaborador, se disponía a servirle el desayuno –una taza de café y un plato de frutas, como era su costumbre- cuando sintieron llamar a la puerta. Fabricio apoyó la cafetera de acero en la estufa y se dispuso a abrir. Al entornar lentamente hacia adentro la puerta, reconoció al jefe de policía don Feliciano Rivadavia y al cadete Álvarez.

- "Muy buenas Fabricio." Lo saludó el jefe. – "Lamento molestar a estas horas de la mañana, pero preciso hablar con don Michelizzi inmediatamente de algo importante.". Fabricio miró confundido hacia su patrón, quien con un gesto le indicó que los invitara a pasar y a acompañarlo en su infusión.
- "Buenos días don Rivadavia, un gusto como siempre. Aunque la verdad, un poco sorprendido también. Cuénteme que es tan urgente que amerita tomarse la molestia de venir hasta acá. Si me hubiera mandado avisar por alguno de los cadetes, me habría presentado por la jefatura antes de las once."

- “Don Michelizzi, voy a serle sincero y a hablarle sin rodeos.” Comenzó Rivadavia mientras sorbía su café.
-
-
-
-
- “Nadie más que yo sabe lo que usted ha hecho por Atlántida en todos estos años, como ha contribuido para su crecimiento, para que la gente tenga oportunidades, para que cada vez haya más infraestructura. Pero esta casa ha despertado la inquietud y el descontento entre la mayoría de los pobladores, y los rumores ya se hacen escuchar en boca de todos. Pueblo chico infierno grande, usted sabe.” le explicó Rivadavia, evidenciando a través de sus gestos nerviosos y mirada esquiva lo incómodo que le resultaba venir a plantearle el problema. Álvarez en tanto mostraba a todos una sonrisa socarrona, regocijándose con la situación.

Natalio miró fijamente al jefe de policía, y si bien parecía decepcionado por sus comentarios, mantuvo la calma de siempre y por un segundo se dispuso a reflexionar. Fabricio bajó la vista y pidiendo la correspondiente autorización de los presentes se retiró del ambiente, en tanto su empleador proseguía con la charla. – “Entiendo que cuando se refiere a la mayoría estamos hablando de los médicos de la costa de la playa Mansa.” Dijo Natalio. – “Estoy cada vez más convencido de que, si bien nunca han mencionado una palabra al respecto, mi presencia en Atlántida nunca ha sido de su agrado.”

- “Lo que preciso pedirle don Michelizzi es que considere seriamente el asunto. Las versiones que se escuchan por ahí pueden traerle problemas. Potencialmente, me puedo ver obligado a allanar tanto esta casa como otras de sus propiedades. Preferiría evitar tan desagradable procedimiento.”
-
- **********

“La Quimera” no era una construcción más, ni para el paisaje de Atlántida ni para cualquier otra locación del mundo. Construida en piedra, con materiales muy rudimentarios y de una manera muy artesanal, su forma de águila y su ubicación hacia la ensenada de Santa Rosa la dotaban de un encanto único.

El apoyo y dedicación de Fabricio –quien ya cumplía dos años trabajando con Natalio en Atlántida- en la construcción de “La Quimera” le habían terminado de confirmar su compromiso con el trabajo, incluso aportando muy buenas ideas en lo que hacía al diseño tanto interior como exterior de la casa. La construcción fue encargada a Juan Torres (un reconocido constructor de la zona), quien comprendió a la perfección la visión de la estructura que Natalio tenía en mente.

Muchos fueron los que por curiosidad se acercaron en reiteradas ocasiones hasta el terreno durante la etapa de construcción. El hermetismo con el que se manejó el asunto por parte de los constructores impidió inicialmente que los lugareños pudieran comprender que representaba

aquello, hasta que la cabeza del águila comenzó a tomar forma.

Fue entonces que comenzaron las especulaciones entre los pobladores, generando confusión y condenando prematuramente a la casa al rechazo generalizado. – "¡Es la iglesia de alguna religión oculta!" exclamaban algunos. Otros afirmaban que el terreno sobre el que se estaba construyendo era un viejo cementerio charrúa. Pero la mayor fábula respecto de la casa refería a que la misma en realidad estaba siendo utilizada para crecientes operaciones de contrabando con Argentina. Los vecinos divisaban actividad en la casa, movimiento y ruidos molestos a horas extrañas, lo que despertó finalmente la sospecha de la policía.

- **********

Las visitas de don Rivadavia a Natalio se hicieron cada vez menos espaciadas. Durante las siguientes semanas, no hubo oportunidad en la que Natalio no tuviera que lidiar con ello. El tono de los encuentros era cada vez menos diplomático, y la tensión se apoderaba del ambiente.

Actos de vandalismo inesperados también comenzaron a ocurrir durante las noches en los jardines que rodeaban la casa. Incluso, alguna rotura de ventanales. Sus amigos, que con gusto solían visitarlo allí para tomar una copa o disfrutar una velada amena de anécdotas y ocurrencias, dejaron de hacerlo. Caminar por las calles de Atlántida se tornó menos agradable para Natalio. La amabilidad que acostumbraba ver en los vecinos y pobladores fue reemplazada por una creciente indiferencia y desprecio.

- **********

Volviendo una tarde a la casa, luego de una reconfortante caminata por la costa, Natalio divisó a tres cadetes que allí lo esperaban. A quien también identificó fue a Fabricio, hecho que lo sorprendió ya que durante esta estadía no había solicitado sus servicios como casero. Sin dudarlo, apresuró la marcha hacia donde se encontraba el contingente.

- "¿Qué está sucediendo oficiales? ¿A qué debo su presencia en mi propiedad?" El tono disgustado de Natalio se hizo notar y generó inmediatamente la prepotencia de los cadetes que el jefe de policía había enviado.

- "Tenemos una orden de allanamiento, don Michelizzi." dijo el cadete Álvarez, disfrutando claramente de estar a cargo del operativo ese día. – "Empezaremos por la casa y seguiremos con el resto de las propiedades identificadas en el documento. Le agradezco que mientras dos de nosotros procedemos con el operativo, acompañe al cadete Diéguez hasta la jefatura. Don Rivadavia lo está esperando allí para explicarle en detalle el asunto y también hacerle algunas preguntas."

El disgusto inicial se transformó en ofuscamiento. Natalio detectó que se le hacía muy difícil mantener la calma, pero a su vez no quería generarse un problema con los representantes de la ley. Miró a Fabricio, y no dudó

en pedirle un gran favor mientras él visitaba al jefe de policía.

- "Fabricio, te agradecería que permanezcas con los cadetes mientras realizan el allanamiento. Permíteles revisar lo que deseen, pero asegúrate de que no suceda nada fuera de lo común."
- "Quédese tranquilo don Michelizzi, usted sabe que cuenta conmigo para lo que sea. Adelante oficiales, acompáñenme por aquí."
-
- **********

La noche se hizo de repente, oscureciendo cada rincón de Atlántida. Las visitas por las diferentes propiedades de Natalio culminaron –para decepción del cadete Álvarez- sin que evidencia alguna sobre ilegalidades o similares fuera encontrada. Luego de que el jefe de policía se deshiciera en disculpas, Natalio decidió regresar a otra de sus propiedades en lugar de a "La Quimera", de manera de no agregar más leña al fuego por el momento.

Fabricio en tanto, cumplida la recorrida con los cadetes por las propiedades que fueron allanadas, regresó a su rancho ubicado cerca de la estación del ferrocarril. Se cambió de ropa, encendió algunas velas y buscó el estuche que se encontraba en el compartimiento secreto ubicado debajo de su cama. Del interior del mismo tomó un moderno y extraño dispositivo que funcionaba a batería. El mismo se asimilaba a una máquina de escribir, pero la identificación del teclado difería completamente del alfabeto latino. Inmediatamente comenzó a escribir el mensaje encriptado.

- **********

(Traducción del mensaje encriptado) – *GENERAL HERBSOMMER/ BASE DE OPERACIONES PARA REGIÓN EN QUIMERA EN SUSPENSO/ ESCEPTICISMO POBLADORES/ INVESTIGACIÓN POLICIAL/ ARMAMENTO DERIVADO A BASE EN COLONIA DEL SACRAMENTO HASTA NUEVO AVISO/ MANTENGO INFORMADO/ HEIL HITLER/ AGENTE STAMMER*

TODO POR FRANCISCA

La sala estaba repleta de gente. Francisca lloraba con energía en brazos de su madre, quien miraba a Adrián con resignación.

- dijo Adrián a Tamara mientras acariciaba su mejilla.
- respondió Tamara con tono de reproche. Lágrimas humedecieron sus ojos mientras tanteaba la frente de Francisca, rogando porque la fiebre hubiese mermado.

Adrián se mordió el labio inferior, aguantando la rabia. Acarició los pequeños dedos de Francisca, y se levantó súbitamente de la silla. Se acercó por enésima vez a la mesa ubicada en la entrada de la casona, donde una señora regordeta leía una revista. Ésta evitó levantar la mirada, y con cara de pocos amigos dijo: - ***Ya se lo dije, debe esperar***

como los demás.

Adrián comenzó a contestarle un improperio, cuando vio aparecer a los corpulentos "asistentes" que había visto deambular por la casona. Decidió callar, dio media vuelta y volvió a su asiento.

•

Francisca no tenía aún un año de edad. Al nacer, se le había diagnosticado una deficiencia inmunológica severa, de difícil tratamiento. El trastorno se presentaba en uno de cada cien mil nacimientos según las estadísticas. Los médicos le daban dos años, tres a lo sumo dependiendo de las enfermedades que contrajera. Adrián y Tamara quedaron devastados con la noticia.

Habían sido bendecidos ya dos veces con hijos, dos varones –Diego y Sebastián. Francisca era la primera niña, y con ella habían tomado la decisión de "cerrar la fábrica". Inmediatamente comenzaron el desfile por todos los especialistas que encontraron sobre la materia. Las primeras consultas fueron por demás desalentadoras; los doctores de supuesto renombre fueron de lo más impersonales y transmitieron pocas esperanzas sobre posibilidades de un tratamiento exitoso. Luego, la búsqueda continuó con otros médicos de menores pergaminos, pero la necesidad de segundas opiniones podía más. Después de más de dos meses, estaban donde al comienzo.

Un día, Adrián regresó del trabajo más temprano de lo habitual. Se lo notaba acelerado y con ilusión en el rostro. Tamara estaba en la cocina dando de comer a los dos niños, en tanto Francisca dormía en un corralito.

- Preguntó Adrián. La ansiedad se le salía por los poros; se lavó las manos con alcohol en gel y acarició el rostro de la niña con el dorso de su mano.
-
- Tamara lucía notoriamente cansada. Al renunciar a su trabajo para ocuparse de Francisca, les fue imposible seguir manteniendo a la baby sitter con un solo ingreso, por lo que debió hacerse cargo de los tres críos ella sola.
- Adrián la miraba fijo, sin parpadear. Tamara lo miró con desconfianza. –

La tomó de la mano, y besó su mejilla. ***– La persona que realiza la limpieza en la empresa vino a hablarme hoy. Se enteró del caso de Francisca; me comentó que hay un pueblo cruzando la frontera donde nos pueden ayudar. Un familiar suyo estuvo muy enfermo hace un tiempo, y ya habían agotado todas las posibilidades. Fueron hasta este lugar, y luego de una sesión se recuperó por comple…***

El rostro de Tamara tomó rápidamente un color bordó: ***- ¿Un curandero? ¡UN CURANDERO! ¡¿Vamos a llevar a nuestra hija con uno de esos***

estafadores?!

Adrián hizo silencio, miró hacia el suelo y le devolvió la mirada. – ***No tenemos mucho tiempo, ni muchas alternativas. Digo que probemos, no perdemos nada.*** La abrazó con fuerza, y Tamara comenzó a llorar.

Diego, el mayor de los varones, se acercó a sus padres y los miró confundido. ***- ¡Mami, no llores! ¿Estás con "nanas" como Franni?***

Tamara lo tomó en brazos y lo puso contra su pecho. ***– No mi vida; mami está bien. Y Franni también lo estará.*** Con la mirada asintió, y Adrián hizo lo propio.

- El viaje se hizo largo y tedioso; Tamara no sabía conducir y Adrián debió hacerlo durante casi dos días. La primera noche pararon unas horas en un hostal de la ruta, en tanto la segunda noche apenas dormitaron en el auto. Para que Adrián descansara, Tamara se encargaba de Francisca y sus rabietas, causadas por la alta temperatura.
-
- Finalmente llegaron a la casona, al tercer día por la madrugada. Buscaron un lugar para aparcar, y al descender el vehículo notaron como decenas de personas corrían hacia el viejo caserón. En la puerta, ya se formaba una larga fila que doblaba la esquina. Adrián no lo pensó y se apresuró a tomar el mejor lugar que fuera posible. Tamara lo siguió a lo lejos, cargando a Francisca. Cuando alcanzó a Adrián en la fila, éste conversaba con otras personas que estaban allí formadas.
-
- Adrián se puso al corriente rápidamente sobre el régimen de la casa. Se entregaba un número a cada persona a partir de las siete de la mañana. A partir de las ocho y hasta las diez de la noche, se daban todas las sesiones que fuesen posibles. Si no se conseguía ingresar a una sesión, uno debía formarse –y pagar- nuevamente al día siguiente.
-
- Una mujer que había logrado formarse unos lugares más adelante, se giró hacia el improvisado grupo y dijo:
-
- La mujer lucía desalineada y exhausta; su tono de voz denotaba enojo y mal humor al mismo tiempo. Junto a ella, estaba un hombre raquítico de cabellos grises –seguramente su esposo-, que claramente estaba siendo consumido por la enfermedad que lo aquejaba. Adrián y el resto la observaron extrañados. La mujer los desmereció con la mirada y sin más se volvió hacia el frente de la fila.
-
-
-
-
- Tamara aguardó a que Adrián terminara la charla, y luego se formó junto a él. Las profundas ojeras de Adrián parecían confundirse con su barba de dos días. Era lógico; casi no dormía desde que habían salido de la casa. Lo besó en los labios, y le regaló una sonrisa sincera.
- Adrián le besó la frente, luego besó la manito de Francisca y enseguida le comentó las nuevas.
-
- -
- dijo Tamara. Con un gesto, Adrián le dio la razón. Desvió la mirada hacia la fila, e inspeccionó al resto de la gente, que como ellos venían en busca de una respuesta. En las caras de los familiares notaba los mismos rasgos que en los suyos propios: estrés, agobio, esperanza.

•
•

• Ya se cumplían casi catorce horas de espera, y la desesperación invadió a Adrián. Tenían que conseguir entrar a una sesión a como diera lugar; no creía poder pasar por lo mismo al día siguiente. Miraba hacia los costados, hacia arriba, hacia abajo. Miraba su reloj a cada segundo. Pensó en pararse y caminar, pero prefirió no hacerlo y evitar llamar la atención de los "asistentes". Miró nuevamente hacia los lados, y lo que encontró fue más de la misma impotencia.
•
•
•
•
•
•
• La persona a su derecha le habló en voz baja, intentando serenarlo: -
• dijo el hombre mientras expulsaba por la nariz el humo de un cigarro. A continuación, comenzó a toser descontroladamente, y se llevó un pañuelo a la boca. Adrián notó como la sangre lo empapaba.
•
• Miró por encima del hombre y contó la cantidad de números que tenían aún por delante: once en total (incluyendo a su nuevo "consejero" y a la mujer desalineada de la entrada, quien sollozaba abrazada de su esposo). Había observado como se hacía ingresar a los pacientes a otra sala en grupos de a diez, junto con sus acompañantes.
•
• Según sus cálculos, hacían ingresar a un nuevo grupo cada media hora aproximadamente. Las posibilidades de quedar fuera eran altas.
•
• Uno de los "asistentes" abrió la puerta de la sala, hizo ingresar al siguiente grupo y luego dijo:
• El descontento se hizo sentir enseguida; gritos y protestas de todo tipo llenaron la sala, pero nada había por hacer. De a poco, la retirada comenzó. El rezongo continuaba a medida que se avanzaba hacia la salida. Sin embargo, nadie se animaba a espetar ningún comentario contra la señora regordeta; no fuera a ser que quedara uno identificado y declarado "persona no grata" al día siguiente.
•
•
• El hombre que segundos antes había intentado calmar a Adrián resopló; hizo un pequeño bollo con el papel de su número y lo arrojó al suelo. Él la tenía peor que ellos, pensó Adrián. Según su historia, tres intentos fallidos contando éste, y encima hoy debía sentirse como morir en la orilla: hubiera sido el siguiente en entrar. Pensó en hablarle y reconfortarlo, pero decidió no hacerlo. ¿Qué podía decir que lo hiciera sentir mejor? El hombre abandonó lentamente la casona, cabizbajo, y se perdió en la muchedumbre. Solo. Recién ahora Adrián se daba cuenta de que nadie lo acompañaba.
• , pensó.
•
• Tamara miró a Adrián, como buscando una respuesta. Sus ojos se volvieron vidriosos; Francisca en cambio permanecía callada, seguramente agotada por la fiebre y el llanto que la habían acompañado durante casi toda la jornada.
•
• Adrián se tomó la cabeza y cerró los ojos. Todo había sido en vano. Comenzó a levantarse de su asiento, extendiendo sus brazos hacia Francisca para cargarla de vuelta al vehículo, cuando la puerta de la sala se abrió repentinamente.
•
• , exclamaba un hombre mayor, mientras dos "asistentes" lo retiraban a él y a su señora de la sesión. Sin explicación mediante, los escoltaron hasta la salida, y allí los dejaron, cerrando la puerta detrás de ellos.
•

- Enseguida, Adrián se acercó a uno de los “asistentes”:
- El “asistente” lo miró con desprecio; pensó durante unos segundos y dijo:
- Adrián comenzó a revolver sus bolsillos con apuro; fue un instinto, no pensando lo que hacía.
- le dijo mientras tanteaba el papel con su número.
- El “asistente” giró rápidamente y se dirigió hacia la otra sala. Adrián quedó inmovilizado. El “asistente” ya casi dejaba el recinto cuando Tamara se le acercó con Francisca en brazos.
- dijo con voz firme. Le entregó el número y lo quedó mirando fijamente.
-
- El “asistente” inspeccionó el pedazo de papel con duda; le devolvió la mirada y luego giró hacia Francisca, quien consiguió sonreírle con las pocas fuerzas que le quedaban. El “asistente” abrió la puerta y dijo:

La sala contigua era totalmente diferente a la fría sala de espera. Uno se sentía inmediatamente acogido por la calidez de la madera que revestía las paredes y la tibia llama de la estufa a leña, ubicada al fondo del salón.

Los otros nueve pacientes se encontraban formados en ronda, en el centro de la sala. Todos los presentes se miraban entre sí, expectantes y sorprendidos. Nadie dudaba de lo afortunados que habían sido de integrar la última sesión del día. Adrián, que ahora cargaba a Francisca en brazos, se dirigió hacia el hueco que había quedado libre, y Tamara se colocó enseguida a su lado.

La mujer desalineada y su marido se encontraban exactamente enfrentados a ellos. La mujer clavó sus ojos en los de Adrián y lo miró con vehemencia.

Adrián desvió la mirada y observó a los “asistentes”, quienes aguardaban a un costado de la sala. De pronto, una puerta corrediza comenzó a abrirse delante de ellos, dejando ver a una pequeña anciana. A su lado estaba un querubín que no parecía tener más de seis o siete años, e iban tomados de la mano.

- se quejó el niño con la anciana. Ésta se acercó y le dijo algo al oído. Luego, avanzaron juntos hacia el centro de la ronda.

Tamara miró a Adrián, y se vio tentada a susurrarle algo. La mirada de Adrián le sugirió que permanecieran en silencio. Nadie les había explicado cómo se iba a proceder, pero ante la duda era mejor aguardar y no meter la pata.

El niño se sentó en una silla de madera exactamente en el centro de la ronda, y la anciana comenzó a recorrer el círculo, analizando los pacientes uno por uno. No emitía palabra alguna; los observaba por unos segundos, y continuaba al siguiente. Francisca fue la última de la rueda.

La anciana regresó hacia el niño, se puso de espaldas a él y finalmente habló: ***- Comenzaremos con la pequeña,*** dijo en un tono casi inaudible, apuntando su índice hacia Francisca. Adrián y Tamara no lo podían creer.

Querían llorar de alegría, pero no se animaban a mover un pelo.

Adrián miró a los "asistentes", quienes con un ademán le dieron permiso de adelantarse. Así lo hizo, acercándose con mucha cautela hasta la anciana. Ésta le indicó que se colocara junto al chico, con Francisca extendida en sus brazos. Adrián asintió, y tomó su posición.

El niño comenzó a frotar sus palmas con creciente velocidad, y la anciana hizo lo propio. Adrián los observó incrédulo al principio, pero luego comenzó a percibir como alrededor de ambos la temperatura aumentaba poco a poco. Incluso, la frotación parecía emitir una especie de luz blanca. Se preguntaba si los demás de la ronda estaban viendo lo mismo que él. Francisca en tanto, agitaba sus bracitos y disfrutaba del espectáculo.

De pronto, la anciana y el niño separaron las manos y las posaron rápidamente sobre el vientre de Francisca, con una intensidad tal que Adrián trastabilló. El calor se hacía sentir, y se transfería a su cuerpo a través del de Francisca.

Así transcurrieron algunos segundos, en completo silencio. Hasta que, inesperadamente, la mujer desalineada se salió de la ronda y desenfundó un revolver. ***– ¡AYUDEN A MI MARIDO AHORA MISMO! ¡¡O MATO AL CHICO!!*** El resto de la ronda se arrojó al suelo instantáneamente. Adrián se volteó, e instintivamente cubrió tanto a Francisca como al chico.

Antes de que pudiera siquiera notarlo, los "asistentes" se abalanzaron sobre la alterada mujer. El forcejeo comenzó entre los tres, y si bien los "asistentes" eran claramente más fuertes, la ira de la mujer emparejó los tantos. Su marido solamente atinaba a observar, entre lágrimas y angustia.

La lucha no cesaba. Los "asistentes" se enfocaban en evitar que el arma se disparara, más que en reducir a la mujer. Uno de ellos tropezó, liberando la mano de ésta, quien efectuó el temido disparo. La bala rasgó el aire, incrustándose en la espalda de la anciana, quien se desvaneció con un grito.

La mujer, espantada, observó a la anciana caer. Miró el arma y la soltó de golpe, como si le quemara. Los "asistentes" se miraron entre sí, como no sabiendo que hacer. Soltaron a la mujer y fueron hacia la anciana. No parecía reaccionar. El chico rompió en llanto y se cubrió el rostro con las manos. Adrián solamente atinó a abrazarlo con la mano que tenía libre.

Enseguida, la mujer regordeta de la entrada irrumpió en la sala y exclamó: - ***¡Viejaaaaa, nooooooo!*** Se hincó al lado de los "asistentes" –que no eran otros que su marido y su cuñado-, abrazó a la anciana y

rompió en llanto.

Adrián decidió incorporarse, y buscó a Tamara con la mirada. Giró la vista hacia todos lados, hasta que finalmente la ubicó junto a la puerta. Allí estaba, haciendo gestos de que fuera hacia ella. Adrián observó como los demás yacían todavía en el piso, paralizados por el disparo. La mujer regordeta seguía abrazada a la anciana, desconsolada, en tanto los dos hombres se disponían a reducir nuevamente a la asesina. Uno de ellos tomó el arma y le apuntó en la frente.

Adrián avanzó rápidamente hacia Tamara. La puerta de salida estaba desprotegida; era su oportunidad. Se apresuraron a salir, y aceleraron hacia el vehículo. Dentro de la casona, se sintió otro disparo.

Ya casi alcanzaban el coche, cuando divisaron una figura sentado sobre el capó. Era el hombre solitario, el "Sr. 231". - ***Aguardé unos minutos a que salieran los tres, pero nunca lo hicieron***, dijo mientras encendía otro cigarro. ***Y luego veo a los matones sacar al par de vejetes que entraron delante de mí…*** Se levantó violentamente y comenzó a caminar hacia ellos, con la mirada desencajada y navaja en mano. La sangre le brotaba de la boca.

- , contestó Adrián mientras él y Tamara reculaban. No tenían a donde correr. El hombre continuaba acelerando el paso, para luego avanzar como una tromba. Adrián miró a Tamara y le entregó a Francisca; las corrió hacia un lado y se dispuso a aguantar la embestida.
-
- Una explosión lo sorprendió de repente. Al acto reflejo de cubrirse, siguió luego el observar como el hombre se desplomaba en el suelo. Adrián se giró, y vio a uno de los "asistentes" sosteniendo el arma. Tanto él como Tamara quedaron estupefactos. El "asistente" los observó largamente, para luego bajar el revólver. -
- , dijo el "asistente" dirigiéndose a Adrián. Se dio media vuelta y regresó a la casona.
-
-
-
- El viaje de vuelta ya casi concluía. Tamara volvió a tomar la temperatura de Francisca: 36º5. No había hecho fiebre en casi dos días, y se la notaba vital y llena de vida, como cualquier bebé. La besó en la frente, en las mejillas y tomó sus manitas entre las suyas. Era un milagro.
-
- , preguntó Tamara. Adrián tenía la mirada fija en la ruta, ni siquiera se volteó. Parecía no estar con ellas en ese momento.
-
- –
- , contestó finalmente.
- Se giró hacia ambas y sonrío; exhausto, pero sonrió.
-
-
-

BOLETO DE IDA

El reloj marca quince para las dos, mientras me dirijo velozmente en un taxi hacia la terminal de bus. Por fortuna, la reunión en el cliente ha terminado temprano y podré adelantar mi viaje de regreso. No veo la hora de llegar a casa, para disfrutar de una ducha reparadora y sentarme a la mesa a regocijarme con una cena en familia. Estos días distanciados han sido tediosos e interminables, pero todo ha valido la pena al final de cuentas. Sin duda, hemos cerrado un buen negocio.

- Pago al chofer con el importe justo e ingreso en el edificio de la terminal. La cantidad de gente que circula por los pasillos me abruma, pero supongo no se puede esperar otra cosa un viernes de verano por la tarde. Me aproximo esquivando tanto personas como valijas a la ventanilla de la boletería, y consulto ansiosamente al vendedor sobre la posibilidad de embarcarme antes.
-
- , pienso. Ni lo dudo y le entrego mi pasaje para que haga el cambio. Me entrega el nuevo boleto y enfilo hacia los andenes. Tomo mi celular y me comunico con casa, para darle las buenas nuevas; atiende la pequeña, que me pregunta inocentemente si ya estoy llegando.
- me dice con su voz aniñada
- Le pido que me pase con Berta y le comento a ella que he conseguido adelantar mi regreso, que estaré arribando para la cena.
-
-
-
-
- Mi coche se encuentra aparcado en el andén quince; presento el boleto al chofer, quien lo corta y me permite ascender. El bus está repleto. Me dirijo a mi asiento avanzando por el pasillo: 23A -estoy a la mitad del bus-. Gracias a Dios no me tendré que preocupar por la música de la cabina del chofer ni por los pasajeros que gustan de frecuentar el baño. Quien me dice; quizás termine reposando buena parte del trayecto.
-
- Mi compañero de asiento (un hombre de aproximadamente cincuenta años; calvo y regordete) me observa a medida que me aproximo. Me ha tocado la ventana, por lo que con un gesto le solicito me permita pasar. Evita levantarse y en cambio hunde las piernas contra el asiento para darme paso. Con algo de dificultad finalmente consigo acomodarme.
-
- El bus arranca su marcha y deja la terminal, tomando la avenida. Durante los siguientes minutos avanza lentamente hacia los accesos para dejar la ciudad. Antes de que mi compañero de asiento se vea tentado a entablar una conversación, corro la cortina para que la luz no me moleste, y cierro los ojos. De un momento para otro, comienzo a sentirme somnoliento y los sonidos que se perciben dentro del bus comienzan a sentirse lejanos y difusos…
-
-

El llanto de un crío interrumpe mi sueño. Como odio viajar con niños; se aburren muy de prisa, se inquietan y la monotonía les provoca llorar. Bah; en realidad, odio viajar con cualquier ser que me impida conciliar el sueño durante el trayecto. Paso la mano izquierda por la frente, que está húmeda, y seco el sudor. La temperatura dentro del bus es realmente sofocante.

Por si las intensas temperaturas del verano no fueran suficientes, pareciera ser que la calefacción está encendida. ¿Cómo no se ha dado

cuenta el conductor? Al momento, un olor nauseabundo y putrefacto penetra mis fosas nasales. ¡Jesucristo! ¿De dónde proviene esa fetidez?

Me termino de convencer de que estoy despierto y me incorporo en mi asiento. ¿Cuánto llegué a dormir realmente? Miro mi reloj; no ha sido más de una hora. Y todavía quedan muchas más por delante.

Comienzo a inquietarme y decido correr la cortina de mi ventana para determinar en qué punto del trayecto nos encontramos –debemos estar entrando a la autopista, me supongo. No obstante, lo que veo llama mi atención: el sol ya casi se ha ocultado (el horizonte se encuentra en plena transición de naranja rojizo a oscuro), y lo aún más extraño es que no consigo reconocer el paisaje que encuentro del otro lado del cristal. Confundido, abro y cierro los ojos, intentando corregir la vista. Nada cambia.

¿Cómo es posible que sea prácticamente la noche si salimos de la terminal hace solamente una hora? ¿Y dónde está la autopista? En cambio, solamente se observa una vegetación árida y un camino de tierra en muy mal estado. El polvo se levanta a medida que avanzamos como una tormenta de arena. Lo que me faltaba: me he subido al bus equivocado. Mi fastidio va en aumento súbitamente, que por lo general no se me hace muy difícil. Miro hacia el otro lado, como si allí fuera a encontrar una explicación. Mi compañero de asiento duerme plácidamente; su respiración es áspera. Sin embargo, apenas focalizo, pareciera percibir mi mirada penetrante y despierta de repente, agitado y boquiabierto.

- Le pregunto sin rodeos. Me mira con desconfianza; –
- Mi dedo índice apunta a la ventana, y ello lo lleva a inclinarse en exceso sobre mí para alcanzar a mirar. Se lo permito durante algunos segundos, y acto seguido hago un ruido con la garganta que lo alerta sobre mi incomodidad. –
- me pregunta incrédulo. Como si la llevara en uno de mis bolsillos… -
- Claramente no encontraré respuestas allí sentado; decido pararme y observo a mí alrededor. Lo que veo me perturba todavía más: el bus va prácticamente vacío. ¿Dónde está el resto del pasaje?

Intento encender la luz encima de mi asiento, pero no funciona. De hecho, todo el bus está a oscuras. Las demás cortinas del coche están corridas también. Cada vez más ansioso y con mi preocupación en aumento, olvido mis buenos modales y paso por delante de mi compañero de asiento. Camino con dificultad por el pasillo del bus –al desplazarme con el vehículo en marcha noto enseguida que éste viaja a una velocidad muy por encima de lo común-, observando a los pocos pasajeros que consigo distinguir. Ahí va el crío que me despertó, con su madre; una chica de no más de veinte años. Mientras ella duerme, el pequeño en cambio permanece totalmente alerta. Más adelante, una pareja joven. También pernoctando. El pasillo prácticamente llega a su fin y no diviso más pasaje. Algo no está bien… En tanto, la pestilencia parece no abandonar el bus y comienza a revolverme las entrañas. Pareciera que un animal

muerto viaja entre el pasaje.

La puerta que separa la cabina del conductor del resto del coche está cerrada; giro la perilla pero nada sucede. La cortina está corrida y no logro ver hacia el otro lado.

La poca paciencia que me queda se termina por agotar. Suelto la perilla y comienzo a golpear la puerta. -*¡Hey, conductor! ¡Hey, le digo! Preciso hacerle una consulta. Creo que he tomado el bus incorrecto, quiero…* Sin embargo, no hay respuesta alguna del otro lado del cristal. -*¡HEY! ¡¿QUÉ DIABLOS LE PASA?! ¡OIGA! ¡ABRA LA PUERTA CARAJO!* Mis golpeteos se transforman en palma abierta sobre el cristal de la puerta. Mi fastidio es reemplazado por ira. Pruebo nuevamente la perilla pero no hay caso, no va a abrir.

Una mano fría se posa repentinamente sobre mi hombro, haciendo que reaccione y me gire con violencia. Es mi compañero de asiento, que se cubre el rostro con las manos como temiendo que lo fuera a golpear (eso, y por la hediondez que no desaparece). – *¡Venga, acompáñeme! Tiene que ver esto,* me dice con cierto temor. Volvemos hacia el medio del bus.

El calor de la calefacción va en aumento; me quito el abrigo y lo dejo en uno de los tantos asientos vacíos. También aflojo el nudo de la corbata y abro el botón del cuello de la camisa. Mi compañero me invita a mirar por una de las ventanas del otro lado del coche. Lo que allí veo me deja absorto: otros buses viajan en el mismo sentido que el nuestro, invadiendo incluso la senda contraria del camino. Son todos idénticos, y van a gran velocidad como nosotros. Observo con detenimiento y, en el coche que viaja paralelo al nuestro, hay otras personas apoyadas contra las ventanas. Sus miradas se encuentran con las nuestras, y la desesperación que se percibe en ellas hace que me corra un escalofrío por la espalda.

De pronto, una extraña música comienza a sonar por los parlantes del bus. Es una tonada bizarra, no desafinada pero desagradable a mis oídos. El volumen se incrementa poco a poco y el resto de los pasajeros comienza a despertar. Noto a mi compañero de asiento muy próximo a mí; está asustado, pero lo retiro con la mano hacia un lado. La pareja despierta primero; se desperezan, se miran entre ellos y se dan un apasionado beso. El desperezo continúa y comienzan a observar (y también a escuchar y olfatear) que algo no encaja: la oscuridad, lo vacío del bus, la melodía macabra, la peste agobiante. Instantáneamente se ponen de pie. Me miran a mí y a mi compañero; saben que estamos tan confundidos como ellos.

Se oye un grito unos asientos más adelante. Es la madre. Los cuatro vamos rápidamente hacia allí. - *¡Este no es mi hijo! ¡ESTE NO ES MI HIJO! ¡¡NO ES!!* El crío vuelve a llorar ante los gritos de su ¿madre?, quien lo

sienta en el asiento del acompañante y se aleja de él, dirigiéndose hacia el frente del bus. La otra muchacha suelta la mano de su novio y se dirige hacia el niño, tomándolo en brazos, meciéndolo y susurrando una canción de cuna. Funciona; lentamente el crío comienza a cesar su llanto y se tranquiliza.

- Pregunta el novio. Se lo nota bastante calmado; aparenta ser una de esas personas que no se perturba con facilidad. Sin embargo, enseguida se lleva la mano a la cara y se tapa la nariz. La madre del pequeño regresa histérica desde la parte delantera del coche.
-
-
- Inesperadamente, mi compañero de asiento reacciona ante su escandalosa performance dándole una bofetada; a pesar de no haber sido adrede, todos nos quedamos asombrados, incluso él. La madre lo mira atónita pero decide no reaccionar.
-
- , propone mi compañero. Lo miro, y mi gesto aprueba. Los cinco (y el crío en brazos de la otra muchacha) nos dirigimos hacia allí; oh sorpresa: la palanca para abrir la ventana de emergencia está averiada. Una mezcla de desconcierto y desilusión se apodera de nosotros.
- , se me viene instantáneamente a la mente. Tomo mi móvil del bolsillo y marco el número de emergencias. No hay señal. Pruebo nuevamente, sin suerte. Pruebo otro número de mi agenda, pero tampoco consigo comunicarme. Cada uno de los otros cuatro se dirige a por su propio móvil y hace la prueba: también están sin señal.
-
- Creo que se nos han agotado las opciones. El estrés de los últimos cinco minutos, el calor, el tufo y la musiquita me han agotado.
- Los demás me miran sin saber mucho más lo que decir. Mi indisposición estomacal termina por reaccionar a todo esto y vomito sobre un par de asientos que se encuentran a mi derecha.
-
- , propone una voz desde el fondo del bus. Inmediatamente me reintegro y todos giramos la vista hacia allí: un anciano, delgado, con una barba desprolija y de color blanco se incorpora de uno de los últimos asientos frente al baño. Una sonrisa burlona parece estamparse en su rostro; da unos pasos y se detiene. Comienzo a acelerar hacia él; tropiezo con algún bolso que ha quedado en el pasillo, trastabillo pero recupero el equilibrio.
- El anciano ni se inmuta, permanece estático. Aun a pocos centímetros ni parece parpadear y me permite tomarlo por el cuello con ambas manos.
- El anciano comienza a ponerse rojo; no reacciona, la sonrisa se mantiene. Las venas de sus sienes comienzan a hincharse, su respiración se dificulta a cada segundo. Los demás me miran nerviosos, incómodos. Pero no se animan a detenerme.

Cuando siento que con un poco más de presión podría romperle la tráquea, lo suelto y lo comienzo a golpear con una violencia desmedida en el rostro. Mis puños se repiten uno a continuación del otro, empujando al anciano contra el fondo del bus. Más allá de intentar protegerse o evitar los golpes, comienza a reír a carcajadas. Trozos de su dentadura vuelan de su boca, sin embargo parece no preocuparle en absoluto.

Cuando su cara ya comienza a desfigurarse, mi compañero y el novio de la muchacha me toman por las axilas y me retiran con toda su fuerza hacia atrás. La empresa se les dificulta al principio pero termino cediendo y dejo de cinchar hacia adelante. El anciano cesa en su risotada, y comienza a toser. Se ha quedado sin aire (o se ha atragantado con uno de

sus incisivos, pienso). Se comienza a deslizar hacia el suelo doblando las rodillas, y se toma la cabeza colocándola entre las piernas.

- propone la novia del muchacho, quien se ha cubierto el rostro con un pañuelo. Le entrega el crío a mi compañero, que lo sostiene como si se tratara de un artículo electrónico que no sabe cómo manejar. Se quita el pañuelo de la cara y se acerca lentamente al anciano; se pone en cuclillas y le comienza a susurrar al oído.

Al principio el anciano no reacciona, pero de a poco deja ver su rostro (morado, lleno de moretones, ensangrentado); continua escuchando lo que la muchacha tiene para decirle. Cuando ella termina, comienza a responderle también entre susurros. La cara de la muchacha permanece impávida al principio, pero de repente comienza a transformarse. Sus rasgos se ven exagerados por la sensación de terror que la invade con el paso de cada segundo. La metamorfosis que atraviesa culmina en un grito ensordecedor, que la lleva a tomarse de los cabellos y sacudir la cabeza hacia los lados. Como un reflejo, toma al anciano del cabello y lo golpea salvajemente tres veces contra la pared. Alcanzo a escuchar como con el tercer golpe le quiebra la base del cráneo, desvaneciéndose el anciano de inmediato.

A la reacción inicial de acercarnos hacia la muchacha y retirarla, un chirrido nos detiene en seco cortándonos la respiración: es la puerta del conductor. Nos volvemos para observar, pero solamente divisamos una sombra a lo lejos. - *¡Oiga! ¡OIGA! ¡Exijo saber que está pasando aquí!*, dice la "madre" entre sollozos. Corre desesperadamente hacia el frente del bus, sin que ninguno de nosotros atine a detenerla. Cuando se encuentra a punto de llevarse por delante a quien allí se apersonó, algo sucede; algo impensado. El personaje misterioso la toma con sus dos manos y la eleva lentamente por los aires, como en cámara lenta. La madre comienza a sacudir los brazos y patalear enloquecida; sus gritos son de ultratumba. El desconocido esgrime un alarido y la lanza contra la primera fila de asientos. Enseguida, se lanza sobre ella y parece atacarla como si se tratara de una bestia salvaje. La madre gime y llora al mismo tiempo, pidiendo que por favor alguien la ayude. Nosotros, que observamos desde el fondo del coche, no conseguimos mover un músculo.

Me adelanto a lo que seguramente está pensado en hacer el resto y, en un acto que la mayoría tildará de vil y cobarde, me encierro en el baño del bus. - *¡Hijo de puta! ¡HIJO DE PUTA! ¡Abre la puerta! ¡ABRE LA PUERTA, NO NOS ABANDONES!*, me dice del lado de afuera mi compañero. Hago oídos sordos y paso la tranca. Mi respiración se agita y acelera con velocidad. Los demás comienzan a golpear la puerta e intentan derribarla, mientras proliferan todo tipo de insultos hacia mí. Pero no por mucho; instantes después comienzan los gritos y los llantos atormentados. La criatura los ha alcanzado en el final del bus. Oigo con claridad cómo les desgarra la piel y los músculos con sus zarpazos. Pongo ambas manos contra la puerta, y presiono con toda mi fuerza. En segundos, todo se

vuelve silencio.

Me mantengo sobre la puerta con todo mi peso y acerco lentamente la cabeza, intentando descifrar que es lo que hay del otro lado. Cuando me encuentro a punto de apoyar la oreja, un fuerte golpe sacude la puerta y me envía hacia atrás. Enseguida vuelvo a cargar todo mi peso contra la madera; comienzan los golpes y aumentan exponencialmente en intensidad, haciendo difícil aguantar la embestida. La lucha se mantiene así durante un par de minutos; la puerta comienza a despedazarse y a rajarse lentamente producto de las garras del engendro. Estoy consumido, ya no logro resistir más.

Comienzo a llorar desconsoladamente, como el crío que me despertó y me introdujo a esta pesadilla. La puerta finalmente termina por ceder, fragmentándose en pedazos. Me tiembla todo el cuerpo y no me animo a mirar. Un aliento caliente y repulsivo se acerca despaciosamente a mi rostro. La respiración rugosa se repite una y otra vez, transformándose en un nuevo bramido que revienta mis tímpanos. Por suerte, todo terminará pronto…